

VUELTA DE LA ESQUINA

LA TUMBA HABITADA



Sobre la tumba de María Zambrano vive un pueblo de gatos. Alguno de ellos es sobreviviente de los que vivían con la pensadora en el departamento de El Retiro (que, por cierto, le fue arrendado por algunos familiares de Ortega —“Don José” y no “Maestro” para ella— encantados con la idea de tener en Antonio Maura a una discípula del tío). No es un misterio lo de los gatos. El cuidador los alimenta y ellos, después de comer, toman sol y siesta sobre la hospitalaria lápida. Tampoco es del todo fortuito. Ya se sabe el amor a los gatos que tenían la filósofa y su hermana que siempre vivieron rodeadas de ellos y que se afilian por ello a otros amigos alurófilos como Octavio Paz. El hecho es que, entre la justicia poética y la explicación racional, la tumba de María Zambrano es un lugar habitado por los que fueron sus amigos, los gatos. ¿Lo es también en un sentido substantivo y simbólico? El verdadero culto que hay en torno a ella indicaría que sí. Con todo, hay que decir que, desde otro punto de vista, esa devoción no ha encontrado todavía la forma editorial más digna y adecuada ya que, por una parte, las obras publicadas no se han ritualizado aún en ediciones críticas, y, por la otra, existen manuscritos, textos y variantes inéditas, esquemas y frag-

mentos, un haz de génesis textuales, cartas, apuntes y borradores de los libros editados o de otros nunca concluidos que nos hacen preguntarnos si, publicada, esta obra ha sido plenamente dada a la luz. Mercedes Gómez Blesa —la investigadora crítica a quien se debe la edición de las recientes *Palabras del regreso*— llama mi atención sobre un esquema anunciado por María Zambrano en carta al enigmático, ubicuo y versátil Rafael Dieste. Se trata de un esquema para escribir un libro sobre la piedad que habría incluido textos sobre San Agustín, Santa Catalina de Siena, San Francisco de Asís y otros más. No sé cuál sería, en verdad vivida, el hilo conductor de estos textos pero cabe asociarlos, sin duda, tanto con los escritos mismos como con la experiencia mística y luminosa de María Zambrano, uno de cuyos primeros y olvidados textos versa precisamente sobre San Basilio. ¿Cuál fue o es la profundidad de esa experiencia? Independientemente de lo que enuncian y anuncian *El hombre y lo divino*, *Claros del Bosque*, *La confesión*, al parecer se encuentran en los manuscritos algunos testimonios. Uno en particular me llama la atención y tiene que ver con la aparición de la Virgen que habría tenido María Zambrano en la capital Roma, en los años cincuenta y que se referiría a un manuscrito —botella plena de agua de mar lanzada al mar, para decirlo con voz lezamalfmica— donde se expone una crisis que enfrentaba la poeta-pensadora desencadenada por otra de su hermana. La pre-

gunta sería: ¿se trató de una experiencia espontánea, una visita accidental o se dio por el contrario como resultado de un ejercicio deliberado, de una práctica calculada y dirigida? A una respuesta afirmativa para sostener la segunda hipótesis concurriría la presencia de una caudalosa y aun muy especializada bibliografía religiosa y mística en la Biblioteca de María Zambrano —como me hace ver Mercedes Gómez Blesa— y en la obra misma —según subraya Jesús Moreno, María Zambrano frecuentaba, además de algunos libros católicos y cristianos, referencias islámicas (Corbin, Masillon, Asin Palacios y algunos asociados a la espiritualidad ortodoxa). Más allá de esta constatación que nos llevaría o no a afiliar a María Zambrano con el amigo judío converso al catolicismo (Max Jacob) del otro malagueño, Pablo Picasso, acaso convenga insistir en el hecho mismo de sus relaciones piadosas y aun mágicas, en la ubicuidad de la intuición religiosa en su pensamiento. Tener presentes las facultades premonitorias de su madre y, más todavía, de su hermana quien era según todos los testimonios el receptáculo de lo Alto, el Arca del Cielo, la verdadera Sibila de la casa, la Venus y la Casandra. También convendría registrar con cuidado el hecho de que una de las pocas obras que María Zambrano llevaba consigo al salir de España era una guía espiritual. A esta luz, su meditación y su metáfora del corazón acaso puedan leerse como un ensayo, un intento de rescatar para la filosofía algu-

nos instrumentos y recursos procedentes de la mística. No para vencer o someter la razón sino para ampliarla comprendiéndola dentro de un sistema más abierto, levantando el corazón hacia la luz racional (*sursum corda...*), situando a la verdad en un paisaje más amplio, afiliándola a ella y a su "mensaje", a su cara y a su discurso, al cuerpo, al medio vital, a la circunstancia de que ésta surge. Marcel Mauss habría dicho: *sólo lo completo conduce a lo concreto*. Así la verdad, la verdadera filosofía ¿no sería como su admirada Marilyn Monroe (admiración comentada por Joaquín Verdú), otra virgen, una niña, honesta pero resuelta Antígona cautiva en el cuerpo del deseo, en el cuerpo del poder científico y tecnológico? Esta situación ¿no haría de María Zambrano una hermana menor de aquellos apóstatas estoicos y epicureos tardíos o de aquellos cristianos primitivos renegados que vieron declinar a los dioses antiguos e intentaron introducir en el cristianismo ciertas liturgias y técnicas mágicas de la religión gentil? Con su misticismo y su esoterismo, ¿no estaría María Zambrano buscando salvar a la filosofía, *proteger* a la filosofía del daño que le habría hecho la "castración" racional? ¿Lo dirán los textos?

Entretanto, duermen los gatos sobre la tumba de María Zambrano. <

ADOLFO CASTAÑÓN

ENTIDAD IMPRECISA

En las páginas de este mismo número Ida Vitale recuerda cómo, al ser citada fuera del con-

texto de nuestra lengua, aparece siempre un equívoco referido a alguna de las manifestaciones de la literatura o el arte hispano o latinoamericano en general. Ejemplo, entre otros que menciona Ida, es el verso de Bécquer "y en el volcán la flor" que, en el epígrafe de los *Mottetti* de Montale, conservó una mácula ortográfica: "y en el bolcán la flor", cuando menos durante las varias ediciones anteriores a 1980, fecha en la que Einaudi publicó la poesía completa de Montale. Edición crítica bajo el título de *L'opera in versi*, a cargo de Rosanna Batarini y Gianfranco Contini, la que, hasta el momento, se considera como definitiva.

Sin embargo, es indudable que el equívoco sobre "esa imprecisa entidad, lo hispanoamericano" como lo llama Ida, no ha sido superado por otro ejemplo, acaso el más célebre porque en él la errata se confunde con la alteración meditada. Me refiero, claro, al verso gongorino "en roscas de cristal serpiente breve" de "La toma de Larache", cuyas "roscas", en un epígrafe de Valéry, se transformaron en "rocas", adquiriendo una resonancia poética imprevista.

Tiene razón Guillermo Sucre cuando al comentar esta omisión de Valéry anota: "las malas lecturas son significativas". Desde luego, no en el caso de Montale.

REVISTA DE LIBROS

Recibo los tres primeros números de la *Revista de libros*, dirigida por Álvaro Delgado-Gal y editada por la Fundación Caja de Madrid. Su formato y contenido me hacen pensar en otras publicaciones afines como *Leggere* y *Saber leer*, órganos especializados en difundir algunas de las novedades bibliográficas de Italia y España, respectivamente.

En las tres publicaciones mencionadas la característica principal es que están hechas de reseñas. Sin embargo, se trata de un género que, en estos ejemplos, no ha caído en el uso cada vez más común de la simple nota consignatoria de datos y comentarios impersonales, lejanos ya de cualquier tentación crítica y en donde el maestro indiscutible será, creo, el suplemento de cultura que hoy publica *El País*.

En la *Revista de libros* colaboran nombres que nos aseguran, por lo demás, la inteligencia de una buena pluma: César Antonio Molina, Juan Antonio Masoliver Ródenas, Enrique Vila Matas, José María Guelbenzu, Carlos García Gual, Gustavo Martín Garzo, Carlos Ortega, etc.

MÁS SOBRE BÉCQUER

Algo me decía que el verso de Bécquer citado por Ida no andaba bien. Dado que no cuento con la obra del autor de las *Rimas* (y carezco de amigos que se reconozcan admiradores de Bécquer, al grado de recordarlo textualmente), recurre a mi fotocopia de los *Mottetti*, correspondiente a la edición de Mondadori *Tutte le poesie* (1984). Ahí el verso se lee como sigue: "Sobre el volcán, la flor".

Asimismo, me cuenta Ernesto Hernández Busto, traductor de Montale y quien me regaló la copia, que de modo similar al verso de Góngora citado por Valéry, existe el estudio de un crítico italiano que encuentra razones poéticas para justificar la falta ortográfica en el epígrafe de los *Mottetti* recordándonos que Montale poseía un firme conocimiento del español. <

DAVID MEDINA PORTILLO